

JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio; LOZANO NAVARRO, Julián J. y SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco (eds.): *La construcción de la memoria. El pasado y sus relatos en la Monarquía Hispánica*, Granada, Comares Historia, 2024, 270 pp., ISBN: 978-84-1369-691-1.

La memoria, o como precisa Francisco Andújar Castillo memorias, es uno de los conceptos principales en la historiografía de nuestros días desde hace ya unas décadas. Han corrido ríos de tinta sobre cuestiones como qué entendemos por memoria, cómo se construye y de qué manera influye en las sociedades actuales. El libro que ahora se reseña lleva el hacer historiográfico sobre memoria, o memorias, a las coordenadas espaciotemporales de la Monarquía Hispánica. *La construcción de la memoria. El pasado y sus relatos en la Monarquía Hispánica*, editado por Antonio Jiménez Estrella, Julián J. Lozano Navarro y Francisco Sánchez-Montes González, profundiza en el estudio de las relaciones entre historia y memoria en ese viejo término de la “España Imperial”. Y lo hace porque previamente, además de varios trabajos, Jiménez Estrella, Lozano Navarro y Sánchez-Montes han editado otro valioso estudio, titulado *Urdimbre y memoria de un imperio global. Redes y circulación de agentes en la Monarquía Hispánica*. Es decir, un grupo de investigación de largo recorrido que avala, junto a los estudiosos que participan en ambas obras, la importancia científica de este libro que se reseña.

La obra se divide en cuatro grandes bloques. El primero corresponde a la utilización, y construcción, de la memoria en un contexto militar. Son los trabajos de Valentina Favaro y Alberto Hernández Pérez. La historiadora italiana analiza los discursos que se tejieron, y difundieron, con los que se cimentó la memoria de un hecho bélico, el gran asedio de Malta de 1565. Como acertadamente expone en su prólogo la profesora Favaro más allá de suponer una derrota o una victoria un resultado irreversible, podía ganar un valor propagandístico extraordinario que justificara futuras acciones bélicas y construir mensajes legitimadores. De esta manera, analiza las memorias que se construyeron a partir de la derrota otomana en Malta, siguiendo tres ideas principales: los canales por los que la información se difundía; los actores y espacios que construyeron las memorias; y las traducciones que se hicieron para el ámbito protestante. Investigando todos los relatos que se publicaron, a lo largo de los años, llega a la conclusión de cómo fueron variando los objetivos, perspectivas e intenciones, muy diferentes a los que llevaron a los autores primigenios a escribir sus obras. Así, las memorias fueron adaptándose a los diversos contextos históricos. Por su parte, Alberto Hernández Pérez analiza la construcción de una memoria cívico-religiosa-militar a través de otro asedio, el de la ciudad católica flamenca de Saint Omer en 1594. A través del diario de Jean Hendriks el joven historiador indaga en la manera en la que los burgueses de esta pequeña ciudad construyeron una memoria. Una memoria donde los avatares militares coadyuvaron a la conformación de una identidad

propia burguesa, en la que los dos principales baluartes fueron el catolicismo contrarreformista y una ideología marcadamente republicana, frente al “otro”, frente a los franceses. Un tercer trabajo englobado en este primer bloque militar es el que firma Antonio Jiménez Estrella sobre el uso de la memoria, del pasado y de la historia en la tratadística militar española del siglo XVII. Como expone en la introducción, la tratadística se podría dividir en dos grandes bloques, aquellas obras que pretender mejorar el arte de la guerra, y aquellas otras en las que su objetivo es denunciar los abusos y deficiencias militares y proponer posibles mejoras. Sobre estas segundas obras centra su investigación Jiménez Estrella. De esta manera, muestra cómo los autores de los tratados militares usaron recurrentemente la memoria y la historia para denunciar su presente decaído y proponer mejoras, tomando como referente a imitar figuras del pasado, desde los Julio Cesar y Alejandro Magno hasta su época más inmediata, Carlos V y Felipe II.

El segundo bloque se circunscribe al ámbito religioso. Son los trabajos de Bernard Vicent, Julián J. Lozano Navarro y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz. El historiador francés investiga los relatos que se tejieron en torno a beatificación de San Juan de Dios. Parte de dos, los de Francisco de Castro y Luis de Granada; y a partir de ellos analiza la manera en la que se difundió, y alteró, la memoria beatífica de San Juan de Dios, que llega hasta el pleno siglo XX con escritores como Gerardo Diego o Francisco Ayala, o escultores de la talla de Jacinto Higuera Fuentes. Si el relato *santificador* de San Juan de Dios dio su frutos, no así fue el caso que estudia López-Guadalupe Muñoz, el de Luis de Paz y Medrano. Figura muy relevante en la Granada barroca, tuvo una destacadísima labor en el sofoco del motín de 1648. Debido a su labor, y especialmente a sus virtudes cristianas, fray Antonio de Jesús escribió una auténtica hagiografía en su honor, donde se destaca el continuo caminar en pro de la santidad de Luis de Paz. Como el propio López-Guadalupe manifiesta, a pesar de la clara intención ensalzadora de la memoria, es extraño cómo la obra de fray Antonio de Jesús no se ha utilizado para comprender mejor la Granada barroca, desde sus carencias materiales a la profunda religiosidad plenamente contrarreformista. Si los trabajos de Bernard Vicent y Miguel Luis López-Guadalupe presentan la memoria de dos personajes en concreto, San Juan de Dios y don Luis de Paz, el estudio de Julián J. Lozano Navarro se centra en la memoria que se tejió de un hecho concreto, el intento de asesinato de un jesuita en el colegio granadino de San Pablo en 1616. Un elemento importante en su investigación es la de utilizar las múltiples memorias que se tejieron por este acontecimiento. Memorias no solo complementarias sino a veces contradictorias. Así se investiga con tres relatos: el jurídico sobre el proceso, el subjetivo del propio homicida, y finalmente el que redactó la Compañía para la posteridad; que muestran el intento de los ignacianos de mantener y controlar la memoria para salvaguardar su reputación.

Alejándose de Europa y poniendo el foco en América se enmarcan dos trabajos, los de Rafael López Guzmán y de Gibran Bautista y Lugo. La memoria

no siempre tiene que estar escrita para que surta efecto en las personas a las que se dirige. En algunas ocasiones esta memoria cristaliza en la representación iconográfica. En este sentido analiza López Guzmán la manera en la que la nobleza incaica se representó, basándose en dos cronistas, que embellecieron sus obras con bonitas, y muy interesantes, ilustraciones, Felipe Guamán Poma de Ayala y Martín de Murúa. En su trabajo demuestra como hasta el levantamiento de Túpac Amaru la memoria nobiliaria fue usada por la Corona para legitimar su poder. Así, estos elementos simbólicos de un recuerdo, de una memoria, de un pasado, se constituyeron en una poderosa arma al servicio del poder. Si López Guzmán estudia la nobleza peruana, Gibran Bautista y Lugo analiza los descendientes del Emperador Moctezuma en la Península Ibérica. En su investigación, sustentada en un gran trabajo de las escrituras notariales, expone la manera en la que la numerosa descendencia moctezumeña en España utilizó los engranajes y mecanismos que ponía a su disposición la propia Monarquía Hispánica para legitimar sus aspiraciones sociales y económicas, sin olvidar el prestigio del propio linaje.

De nuevo en tierras europeas, un cuarto bloque reúne los trabajos de Jesús Rodríguez Gálvez, Javier García Benítez, y Rocío G. Sumillera y Francisco Sánchez-Montes González. Eje vertebrador es la utilización de la memoria para resaltar las grandezas de una ciudad, de una familia nobiliaria o de un único miembro. De esta manera, García Benítez investiga el uso de la memoria nobiliaria de los Torres y Portugal, en concreto de Jerónimo de Torres y Portugal, para intentar conseguir más prerrogativas. En su trabajo demuestra cómo fue el uso de la memoria un elemento capital, a la vez que se resalta determinados acontecimientos y hechos familiares, se olvida y se oculta esa otra parte menos brillante y deshonrosa de la familia, con el fin de incrementar el prestigio del linaje a través de una “memoria selectiva interesada”. El uso de la memoria y el pasado no se circunscribió a familias o individuos, alcanzó a la defensa del prestigio de ciudades o villas, como demuestra en su estudio Rodríguez Gálvez para el caso de la villa costera granadina de Motril. Así, analiza la corografía redactada por Tomás de Aquino y Mercado en 1650 en defensa de la antigüedad de Motril del ataque del cronista veleño Francisco de Vedmar, sobre la ubicación de la ciudad romana de Sexi. El uso de la memoria con fines imitativos, de enseñanza y ejemplo se puede ver el trabajo que firman Rocío G. Sumillera y Francisco Sánchez-Montes sobre las memorias de Lady Ann Fanshawe. Lady Ann le escribe a su hijo sobre las bondades y virtudes de su difunto padre, alabándolo y ensalzándolo, para que lo tomara como *magistra vitae*. Pero estas memorias son más, porque en el estudio de Sumillera y Sánchez-Montes podemos descubrir el papel tan importante que tuvo ella en la misión diplomática encabezada por su marido.

Jean-Frédéric Schaub firma el último trabajo, donde realiza unas reflexiones de todo punto exactas e imprescindibles, que junto al prólogo de Francisco

Andújar Castillo, sitúa el debate público del uso de la memoria en las sociedades actuales. Da buena muestra de la manera en la que la política influye en el debate historiográfico, sesgándolo y haciéndolo, así, manipulado. Tirando del hilo de la destrucción de estatuas históricas Schaub muestra como este “iconoclasmo actual, basado en la autoinculpación y en una desmemoria activa” no es algo exclusivo del presente, sino que se practicó en las sociedades del pasado. Así muestra algunos ejemplos de cómo el olvido activo estuvo presente en las sociedades modernas, como la amnesia voluntaria dictada por el Edicto de Boulogne en 1573 o el perdón real por la revuelta que estalló en México contra el Virrey Pimentel; o una memoria militante con el objetivo de que no se olvidaran determinadas circunstancias, como la que sufrieron los cristianos judeoconvertos. En definitiva, algunos ejemplos “de memoria y de olvido institucionalizados”.

En resumen, este libro es un muy interesante acercamiento a la siempre espinosa cuestión de la memoria, tanto personal como colectiva, en la que nos hace preguntarnos sobre los procesos de construcción de ésta, su difusión, sus fines e intereses, o por los problemas que puede plantear la memoria y el olvido desde las propias instituciones. En definitiva, un gran trabajo avalado por sus eximios autores, que combinan veteranía con juventud en un ámbito espacial amplio, desde Malta y Flandes pasando por España y terminando en América.

*Raúl M. Fernández López*